



Objeto y discurso arqueológico

El calcolítico del sudeste peninsular¹

La Edad del Cobre en las actuales provincias de Almería, sur de Murcia y noreste de Granada recibe el nombre de "Cultura de Los Millares" u "Horizonte Millares". Fue definida originariamente a partir de las excavaciones de los hermanos Siret en la necrópolis de este yacimiento epónimo y en los poblados de Campos y Almizaraque. Posteriormente, G. y V. Leisner entre otros establecieron su fasificación interna y su posición en relación al poblamiento neolítico de la Cultura de Almería. Su desarrollo se explicaba (y con frecuencia todavía se explica) como consecuencia de la arribada y del asentamiento en "colonias" de prospectores metalúrgicos procedentes del Mediterráneo oriental. Tras la "Revolución del radiocarbono", esta interpretación ha ido perdiendo adeptos paulatinamente, aunque en la actualidad, con diversas modificaciones *ad hoc*, todavía es defendida por un cierto número de autores/as.

La ordenación de los materiales arqueológicos dentro de esta cultura ha respondido a los criterios de una "norma" consensuada entre la inmensa mayoría de los investigadores/as, aunque pocas veces explícita. Hemos anotado los elementos que, de una manera u otra, se relacionan en la bibliografía con la definición crono-espacial de "calcolítico Millares", y los hemos sintetizado en una serie de puntos.²

1. Este trabajo debe mucho a una serie de charlas y debates que involucraron a personas vinculadas directa o indirectamente con dos proyectos arqueológicos (Gatas y Son Fornés). En consecuencia, no está claro que lo que sigue a continuación sea una "responsabilidad" solamente mía.

2. Véase también Ramos, 1981, 242-243.

1. Poblados situados en lugares con condiciones naturales de defensa (espolones, cerros amesetados...), habitualmente sobre cauces de ramblas, y provistos de fortificaciones con bastiones.

2. Necrópolis situada al exterior del lugar de habitación, con tumbas colectivas de tipo *tholoi*. Se supone a menudo que los sepulcros de falsa cúpula millareses constituirían un signo de identidad clave frente a los enterramientos de techumbre plana y ortostatos de las poblaciones megalíticas granadinas.³

3. Cabañas circulares u ovals con zócalos de piedra y alzado de barro y entramado vegetal. En ocasiones se ha invocado la uniformidad de este tipo de estructuras para inferir la existencia de familias nucleares y de una organización social igualitaria.

4. Estrategias subsistenciales basadas fundamentalmente en la agricultura, con la ganadería y la caza-recolección como actividades complementarias. Quedaría clara la oposición con el mundo megalítico, fundamentalmente ganadero, en el que la agricultura jugaría un papel marginal.

5. Inventario cerámico en el que predominan las "formas abiertas" lisas (cuencos, escudillas, fuentes). Esta circunstancia permitiría establecer una oposición con el repertorio argárico posterior, caracterizado a su vez por un dominio de formas

3. Para una formulación de esta oposición en términos de "frontera cultural", véase Cara y Rodríguez (1989).

“cerradas”. Además, en la Edad del Cobre hallaríamos decoraciones incisas “simbólicas” (“ojos-soles”) campaniformes y pintadas, cuya presencia también se suele oponer a la ausencia de motivos decorativos de la cerámica argárica.

La comprobación del *dominio* de este tipo de formas “abiertas” requiere de algo más que una mera constatación de presencias. Sin embargo, todavía no se ha llevado a cabo ningún estudio analítico de materiales cerámicos que tenga en cuenta sus atributos técnicos, morfológicos y morfométricos, y que permita un tratamiento cuantitativo de estas variables con el fin de establecer tipos de tendencias. Además, la selección de materiales cerámicos en las publicaciones sigue siendo muy desigual y basada siempre en criterios poco explícitos, lo que hace inviable un intento por nuestra parte en este sentido. Apuntemos que, en todo caso, las formas abiertas típicas (fuentes, platos, cuencos) se hallan presentes en la mayoría de los inventarios cerámicos del tercer milenio en la mitad sur de la Península. Así pues, su presencia ha sido vinculada en otros contextos a inferencias de tipo cronológico más que a definiciones de áreas culturales exclusivas (HURTADO, 1987).

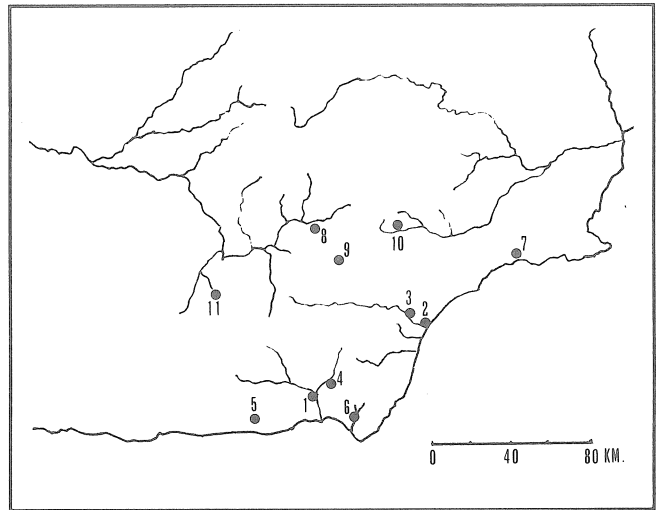
6. Evidencia de actividades metalúrgicas, con predominio de pequeños objetos utilitarios (punzones, leznas, sierras, hachas planas y cuchillos). Aunque el papel de la metalurgia se sobredimensionó en la época de mayor vigencia de las interpretaciones coloniales, en la actualidad se suele reconocer el carácter secundario de esta actividad (CHAPMAN, 1984; GILMAN y THORNES, 1985; SUÁREZ et al., 1986).

7. Industria lítica que presenta un bajo índice de microlitos, considerados elementos arcaizantes, y en la que destaca la variedad de puntas de flecha de talla bifacial (de base cóncava, de aletas y pedúnculo).

8. Presencia de objetos “exóticos” o raros de origen lejano (cáscara de huevo de avestruz, marfil, ámbar, cuentas de piedras semi-preciosas) que evidencian contactos a larga distancia. Se ha querido ver en estos objetos (junto a los de metal y al campaniforme) una funcionalidad ligada a la expresión del “prestigio” o “estatus” de una incipiente élite (CHAPMAN, 1981; GILMAN, 1976; MATHERS, 1984a).

Lo que nos proponemos hacer a continuación es comprobar en qué medida las informaciones publicadas sobre yacimientos habitualmente adscritos al “Horizonte Millares” (mapa 1) se ajustan a esta norma.

Los Millares (ALMAGRO y ARRIBAS; 1963; ARRIBAS et al., 1979; 1981; 1983a, b; 1985; MOLINA et al. 1986) fue considerado como un enclave de prospectores metalúrgicos orientales. Ocupa un espolón amesetado en la confluencia del río Andarax y la Rambla



Mapa 1. - Yacimientos del “Horizonte Millares” considerados: 1. Los Millares. - 2. Almizaraque. - 3. Campos. - 4. Terrera Ventura. - 5. Ciavieja. - 6. El Tarajal/El Barranquete. - 7. Cabezo del Plomo. - 8. Cerro de la Virgen. - 9. El Malagón. - 10. Cerro de las Canteras. - 11. Las Angosturas.

de Huéchar, y dispone de cuatro líneas de fortificación con bastiones, torres, barbacanas y fosos que protegen el asentamiento por el lado de más fácil acceso. Los refuerzos adosados sucesivamente a los paramentos hicieron que el espesor de las murallas alcanzase los nueve metros en algunos puntos. Además, el núcleo principal dispuso de la seguridad suplementaria que le ofrecían trece fortines estratégicamente situados en las inmediaciones.

Por otro lado, en la necrópolis asociada se contabilizaron alrededor de cien tumbas colectivas, entre sepulcros de falsa cúpula, ortostáticos, covachas e incluso cistas. Numéricamente, el predominio corresponde a los primeros (más de sesenta).

Tenemos noticias que refieren la existencia de cabañas circulares u ovals con zócalos de piedra. Sin embargo, en referencia al ámbito estrictamente “habitacional/doméstico” de los Millares no hay que olvidar que:

- Algunas de las torres o bastiones asociados a las fortificaciones, tanto en el poblado como en el Fortín 1, albergaron actividades productivas especializadas y/o de carácter “doméstico”.
- Las dimensiones de las cabañas varían apreciablemente. Así, los diámetros de grupo de cabañas contemporáneas A-F, situado cerca de la línea I, oscilan entre 4 y 7’5 m (ARRIBAS et al., 1979, 82). También es interesante comprobar que la llamada estructura III del espacio delimitado por la línea II es bastante más grande que el recinto NA, por ejemplo, (a menos que erremos en nuestra apreciación de la planta ofrecida en ARRIBAS et al., 1985, 253, fig. 6). Recordemos asimismo que, acerca del sector limitado por la línea III, se nos informa que tras el desmantelamiento de la muralla se edificaron las “cabañas circulares pequeñas” (ibid., 254)

O, TA y UA, de lo cual inferimos la existencia en otras áreas del poblado de estructuras de mayores dimensiones. Lo mismo vale para la "gran cabaña de planta circular" (FB), descubierta en la zona más interna del poblado (íbid., 255⁴). Por último, puede ser significativo el hallazgo de cuatro fondos de cabaña con unos diámetros que oscilan entre los 2 y 3,5 m, conectados espacialmente con una construcción circular de 6 m de diámetro y con una técnica constructiva más elaborada (ARRIBAS, 1959, 93-95).

c) Algunas de las cabañas excavadas (F, L, E) disponen de "unidades de apoyo" dedicadas a "actividades de almacenamiento y/o producción" (ARRIBAS et al., 1985, 249) con *paramentos rectos*. Por su parte, el excepcional recinto "Y", del que desconocemos si su función era exclusivamente metalúrgica o si albergaba a la vez otro tipo de actividades, tiene una planta rectangular y unas dimensiones notables (8 x 6,5 m).

Sería prematuro extraer inferencias sociológicas o funcionales claras a partir de estas escasas notas de carácter cualitativo y cuantitativo. No sabemos prácticamente nada sobre lo que contenían esas estructuras y seguramente su número no es significativo con respecto al total del poblado. Sin embargo, estos datos no respaldarían la idea de una homogeneidad estructural. Puede ser sugerente el apuntar que una cabaña de 4 m de diámetro (12'56 m²) ocupa una superficie más de tres veces inferior que una de 7'5 m (44,15 m²),⁵ mientras que el recinto "Y" las supera a todas con 52 m².

El poblado y la necrópolis de Los Millares han ofrecido fragmentos de cerámica con decoración "simbólica" y pintada.

La metalurgia ha sido ampliamente atestiguada tanto en el poblado como en el fortín 1. De Los Millares proceden los únicos datos con un contexto relativamente preciso que permiten sugerir la especialización de algunos recintos en la producción metalúrgica (p. ej. barbacana IV en el F. 1). Cabe señalar el alejamiento de Los Millares respecto a los afloramientos más cercanos de mineral (unos 12 km).

Por último, su necrópolis ha ofrecido el repertorio más variado y numeroso de ítems "exóticos": cáscara de huevo de avestruz, objetos de marfil, ámbar y cuentas de piedras semipreciosas son los más representativos.

Junto con Los Millares, Almizaraque (BOSCH-GIMPERA y LUXÁN, 1935; CUADRADO, 1946; MARTÍNEZ SANTA-OLALLA, 1946; SIRET, 1948; DELIBES et al., 1985; 1986) fue considerado un enclave colonial de

primer orden y un yacimiento privilegiado para investigar los orígenes de la metalurgia en la península ibérica. No obstante, su fama no se corresponde con la cantidad de información disponible sobre él.

Almizaraque ocupa hoy en día un pequeño montículo que apenas destaca entre la llanura aluvial circundante. A la espera de datos que confirmen o refuten su localización en un islote durante la Edad del Cobre (M. J. ALMAGRO, 1965: 10), parece que en su ubicación no se buscó un lugar de difícil acceso. Tampoco se han documentado fortificaciones con bastiones. El único indicio de posibles murallas lo constituye la existencia de "muros de cierre", de doble paramento y con relleno de guijarros de hasta dos metros de espesor (DELIBES et al., 1986, 173).

Las cabañas circulares o elípticas con zócalo de piedra, alzado de barro y entramado leñoso, aparecen durante la fase II de la periodización propuesta recientemente (DELIBES et al., 1986). También se nos indica que, *excepcionalmente*, los zócalos de algunas cabañas eran de doble paramento con relleno de guijarros. No disponemos de un detallado inventario de las dimensiones de las últimas estructuras excavadas; tan sólo que las cabañas de mayores dimensiones de la fase II medían hasta seis metros de diámetro y disponían de postes de madera como refuerzo constructivo. Durante la fase IV disminuyen las dimensiones de las casas (c. 4 m de diámetro), sus zócalos son más pequeños, los alzados se levantan con barro o adobe y se constata el uso de cal. Informaciones antiguas indican la existencia de cubiertas de falsa cúpula y pilastra central (BOSCH-GIMPERA y LUXÁN, 1935, 113). Otras fuentes (MARTÍN SOCAS y CAMALICH, 1983) nos informan de una construcción oval con unas excepcionales dimensiones de unos diez metros de largo por ocho de ancho (62'8 m²) que, por desgracia, no podemos ubicar dentro de la periodización actual. Martín y Camalich mencionan también varias casas de *planta rectangular* en estratos campaniformes.

Se conoce desde antiguo una necrópolis de tumbas tipo *tholoi* en las cercanías del poblado (La Encantada) (ALMAGRO GORBEA, 1965). Llama la atención su reducido número (3) en comparación con Los Millares o El Barranquete. Junto a ellas, P. Flores excavó unas 40 tumbas de fosa individuales, que parecen ser muy posteriores.

En el poblado y la necrópolis hay cerámica simbólica, pero no hay noticias de piezas con decoración pintada.

Tenemos documentado todo el proceso metalúrgico, así como la proximidad de afloramientos cupríferos. En las últimas publicaciones se subraya el carácter secundario de esta actividad (DELIBES et al., 1989).

4. Todas las cursivas son nuestras.

5. Nótese que hay estructuras todavía más pequeñas, con sólo 2 m de diámetro.

Siret menciona el hallazgo de La Encantada de algunas cuentas de calaíta y esteatita, hoy desaparecidas (cf. M. J. ALMAGRO, 1965, 18). También se han recuperado algunos objetos de marfil tanto en el poblado como en la necrópolis.

El yacimiento de *Campos* (SIRET Y SIRET, 1890; CAMALICH et al., 1985; 1986; MARTÍN et al., 1985; 1986), hoy prácticamente destruido, se localiza en el borde de un espigón amesetado sobre la llanura aluvial del Almanzora. No se conoce la existencia de ninguna necrópolis de tumbas colectivas. Por contra, resulta sorprendente el hallazgo de una sepultura infantil individual en el interior del poblado.

De entre la escasa información disponible, destaca la "casa C", un doble recinto poligonal con un lado común y bastiones en las esquinas. Sin embargo, lejos de constituir un recinto fortificado amplio capaz de contener unidades habitacionales (como en el caso de Los Millares), la "casa C" parece constituir en sí misma una única estructura habitacional, en cuyo interior se realizaron actividades productivas y quizás de almacenaje. Así pues, este rasgo le hace apartarse de la norma millarensis, es decir, de los sistemas defensivos "supradomésticos". Cabe apuntar como elemento a la discusión la relativa delgadez de sus muros (0,40-0,60), ignoramos si propios de una construcción fundamentalmente defensiva como se supone.

En otro sector del yacimiento se ha documentado un pequeño tramo de un muro de tendencia circular, edificado directamente sobre la roca y cuyo espesor era de 0'95 m. Desgraciadamente, la destrucción del yacimiento impedirá confirmar o no su posible función como fortificación.

Los Siret refieren la existencia de varias Cabañas (d, h, f), pero no pudieron documentar zócalos de piedra. Noticias recientes refieren el hallazgo de restos del muro de una vivienda de tendencia circular.

Se han registrado fragmentos de cerámica pintada y con decoración "simbólica" y los Siret recuperaron dos pequeñas piezas de marfil y una cuenta de collar de cornalina.

Tenemos documentado todo el proceso de producción metalúrgica. Se nos informa de la utilización de cobre puro, sin mezclas (MARTÍN et al., 1986, 189), a diferencia de los cobre arsenicados de Los Millares y El Malagón (véase *supra*).

Terrera Ventura (TOPP Y ARRIBAS, 1965; GUSI, 1975, 1976, 1986) ocupa la cima de un espolón amesetado sobre la rambla de Molinos (Tabernas, Almería). No se conocen obras de fortificación. En cambio, se han excavado varias sepulturas colectivas distribuidas en pequeñas agrupaciones dentro de un radio de unos 5 km. De las 17 que aparecen en un reciente estudio (BERZOSA, 1987), tan sólo tres

son de falsa cúpula, mientras que el resto son cámaras circulares con corredor y tumbas circulares o rectangulares sin pasillo de acceso. Es preciso recordar que ninguna de las tumbas mencionadas se halla contigua al poblado, como ocurre en Los Millares. Las más cercanas distan casi un kilómetro (íbid, 166).

Las primeras cabañas de planta circular y también *semicirculares* aparecen en la fase de Tabernas II (2700-2550) (GUSI, 1975). Para la fase siguiente se registran "muros de gran longitud" que presuponen la existencia de construcciones de *planta poligonal*. Estas nuevas construcciones no implicaron cambios apreciables en la disposición de las viviendas circulares. Así pues, en este yacimiento se constatan tres tipos de estructuras habitacionales, sin contar los fondos de cabaña *semicirculares* excavados en la roca que corresponderían al primer momento de ocupación.

No se han documentado objetos "exóticos", y sí la realización local del proceso metalúrgico (TOPP Y ARRIBAS, 1965, 70).

El asentamiento calcolítico del *Cerrillo de Ciavieja*, ubicado junto al moderno casco urbano de la población de El Ejido (Almería), no ocupó un lugar topográficamente destacado. En ninguna de las tres breves publicaciones que hemos consultado (SUÁREZ et al. 1985; 1986a, b) se menciona la existencia de obras de fortificación. Tampoco se conoce ninguna necrópolis asociada de la Edad del Cobre. Las primeras cabañas circulares con zócalos de piedra datan de la fase II (Cobre pleno). Con anterioridad (fase I de SUÁREZ et al., 1986b), se documentan cabañas de planta circular semiexcavadas en el suelo.

Conocemos la existencia de cerámicas "simbólicas" para la fase II. No se conocen objetos de marfil u otros materiales exóticos. Se documenta el proceso metalúrgico.

El Tarajal (M. J. ALMAGRO, 1973; 1976) se ubicó (hoy está destruido) en un espolón sobre la rambla de Morales, en el Campo de Níjar. El único indicio de una posible fortificación es "un gran número de piedras de mediano tamaño que afloraba ligeramente hacia el lado oeste del poblado" (ALMAGRO GORBEA, 1976). La misma autora, sin embargo, afirma no haber detectado en superficie restos de ninguna fortificación por el lado oeste, la única zona desprovista de defensas naturales (ALMAGRO GORBEA, 1973, 19). De las viviendas con que pudiera contar este poblado, tan sólo nos queda una lacónica referencia a "unos muros aparentemente *semicirculares*" y a "un pequeño murete circular" (ALMAGRO, 1976, 198). Se detectaron unas 15 tumbas de tipo *tholoi*, una de ellas en el centro del poblado, otra al norte y el resto al otro lado de la rambla, esparcidas a lo largo de una franja de unos 3 km.

En la excavación del poblado se recogieron fragmentos de cerámica pintada y otros “decorados con incisiones formando soles”.

También se recuperaron objetos metálicos, aunque no restos del proceso de fundición.

El *Cabezo del Plomo* (Muñoz, 1983; 1986a, b) se ubica en un pequeño escarpe rocoso sobre la rambla de las Moreras (Mazarrón, Murcia). La línea de muralla con bastiones y torres adosados que rodea el asentamiento le ha valido la calificación de “poblado tipo Millares”. De hecho, Muñoz busca a la cultura almeriense como referente de comparación en el estudio de los materiales procedentes del Cabezo. Las cabañas son de planta circular o ligeramente oval, con zócalos de piedra y superestructura de materia vegetal y barro. En la parte más elevada del poblado se ha excavado una estructura circular de mayores dimensiones que el resto (cuatro metros de diámetro y un espesor del zócalo de 0,80-0,90 m). Esta cabaña estaba unida por un muro con una casa o torre adosada a la muralla sur. Por su parte, las cabañas también estaban unidas entre sí por muros, conformando lo que pudo constituir una segunda línea defensiva.

Se ha excavado una sepultura situada al pie del asentamiento, que presenta una cámara trapezoidal a base de mampostería y ortostatos, con tres ninchos adosados y sin corredor de acceso. Muñoz la sitúa como un tipo intermedio entre los *rundgräber* y los sepulcros de falsa cúpula. La misma autora menciona la posibilidad de que existieran algunas sepulturas tipo *tholoi* en la ladera sudeste del cerro, pero este extremo no pudo confirmarse dado que el lugar fue arrasado poco después.

No hay noticias del hallazgo de cerámica simbólica o pintada, ni de objetos de marfil, ni tampoco restos de actividades metalúrgicas; tan sólo varias cuentas de calaíta entre el ajuar funerario recuperado.

Con el *Cerro de la Virgen* (Orce, Granada) (SCHÜLE, 1966; SCHÜLE Y PELLICER, 1966; KALB, 1969; SCHÜLE, 1980; 1986) abordamos el primero de los tres poblados (junto con El Malagón y el Cerro de las Canteras) que, según el cuadro tradicional, testimonian la penetración de los prospectores metalúrgicos hacia las tierras mineras del interior (ARRIBAS et al., 1978, 92). Este poblado se ubica sobre un promontorio junto al río Orce. El asentamiento estaba protegido por una muralla construida a base de la técnica de “raspa de pescado”, supuestamente uno de los elementos identificadores de prospectores orientales. En el sector oeste del área de excavación se delimitaron unas estructuras semicirculares que se han interpretado como bastiones. A todo ello se añade un posible fortín o ciudadela interior ubicada en la parte superior del cerro. Queda por definir la funcionalidad defensiva o no de varios aterrazamientos bajo la muralla princi-

pal. Nada sabemos en concreto acerca de posibles sepulturas de la Edad del Cobre. Las únicas noticias sobre esta cuestión hacen referencia a unas estructuras redondas excavadas en la roca y situadas a 300 m del asentamiento, aunque en la actualidad se hallan completamente arrasadas.

Las dimensiones y técnicas constructivas de las cabañas del Cerro de la Virgen son heterogéneas. En la primera fase de ocupación tenemos documentadas estructuras de hasta ocho metros de diámetro exterior (SCHÜLE, 1986, 217). Según Schüle, algunas de ellas contaban con zócalos de piedra, alzados de adobe, cubierta de falsa cúpula, revocos de barro y blanqueados con cal. Para Kalb (1969), en cambio, *todas* las casas tendrían zócalos de piedra. En *una* de las casas se halló un pozo de barro cubierto por una construcción en forma de cúpula que es interpretada como una “fresquera”. Al parecer, *en ocasiones* se documentaron pequeños departamentos de tapial. Junto a estas viviendas encontramos simples chozas de tendencia circular de tapial y palos, que Schüle interpreta como las casas provisionales de los constructores de la acequia y de la muralla, en parte anteriores y en parte contemporáneas con las arriba mencionadas (SCHÜLE, 1986, 217). Destaca la variedad de técnicas constructivas a base de adobes. Orce IIA, ya campaniforme, registra la construcción de nuevas cabañas circulares. A partir de Orce IIB, la calidad arquitectónica y el tamaño de las nuevas edificaciones desciende progresivamente.

No se han encontrado fragmentos de cerámica “simbólica” ni “pintada”. Sí en cambio, algunos objetos de marfil (botones de perforación en “V”). Se documentan actividades metalúrgicas en todas las fases.

El *Malagón* (ARRIBAS et al., 1977, 1978; DE LA TORRE et al., 1984; DE LA TORRE Y SÁEZ, 1986) se halla situado sobre un *suave* promontorio en el extremo oriental de la altiplanicie de Baza-Huéscar. En el área excavada hasta el momento se ha documentado una línea de muralla que delimita un espacio circular, aunque las prospecciones realizadas en las inmediaciones parecen confirmar la existencia de dos líneas más. En una de las publicaciones sobre este yacimiento se apunta la posibilidad de que el recinto interno dispusiera de bastiones (DE LA TORRE Y SÁEZ, 1986, 223).

Además, en una elevación cercana al poblado se ha identificado lo que parece ser un fortín de vigía que estaría integrado en un dispositivo defensivo general. De ser así, El Malagón sería, junto con Los Millares, el único asentamiento con este tipo de construcciones. No se tienen noticias de ninguna necrópolis asociada a este poblado.

En el Malagón IA, las cabañas eran de planta circular delimitada por piedras pero sin zócalo, mientras que en la subfase IB éstos ya cuentan con

dos o tres hiladas. Sabemos que tras el replanteamiento que inaugura la fase II se registra la construcción de cabañas de dimensiones variadas, “presentando en un caso mayor diámetro que las antes conocidas” (íbid, 224). esta cabaña (“G”) presenta un diámetro exterior de 6,60 m y uno interior de 5,40 m. La cara interna de las paredes estaba recubierta por un revestimiento rojizo sobre el que se detectaron finas capas de cal. Además, presentaba una serie de postes embutidos en los muros a modo de armazón. Como referente de comparación, las dimensiones de la cercana cabaña “F” eran de 3,90 y 2,60 m en sus diámetros externo e interno.

Se han encontrado fragmentos de cerámica con decoración simbólica, pero no pintada. Cabe destacar el hallazgo de una figurilla antropomorfa de marfil (ARRIBAS, 1977).

Hay abundantes evidencias de actividades metalúrgicas. De hecho, en las cercanías existe un afloramiento de malaquita que probablemente fue explotado durante la ocupación del asentamiento (Hook et al., 1987).

Las únicas informaciones que disponemos del *Cerro de las Canteras* provienen de las excavaciones realizadas a principios de siglo (Motos, 1918). El poblado se halla en un cerro amesetado y contó con una línea de muralla en la que no se apreciaron bastiones adosados. Tenemos noticia de una serie de tumbas (12), situadas en las partes más prominentes de las elevaciones cercanas. Se trata de pequeñas cámaras de planta circular o poligonal, sin corredor y cubiertas por un túmulo. En contra de la “norma” en la Edad del Cobre, éstas contenían enterramientos *individuales*. Las estructuras constructivas halladas en el interior del poblado a lo largo de las dos fases de ocupación calcolíticas (ARRIBAS et al., 1978, 94) presentan características diversas. Las primeras cabañas que menciona Motos son de planta circular, con zócalo de piedra, alzado de arcilla y entramado vegetal, y un poste central. Se dice, además, que algunas viviendas contaban con dos habitaciones, una circunstancia nada usual.

Se documentaron restos de cerámica simbólica y de objetos de marfil. Los objetos metálicos están presentes en el inventario de materiales, aunque su número sea reducido, y en una de las habitaciones se hallaron fragmentos de mineral de cobre.

El poblado de *Las Angosturas* (Gor, Granada) nos sitúa en los “límites” del “Horizonte Millares”. Enclavado en las proximidades de la gran necrópolis megalítica de Gor, Molina (1983, 79) lo vincula al “horizonte almeriense”. Contamos con el inconveniente de que sólo se han publicado algunas notas sueltas. El poblado se encuentra ubicado sobre un cerro junto al río Gor, hacia el cual se descende por una pendiente abrupta (FERNÁNDEZ-

FIGARES, 1981, 63). Las cabañas excavadas disponen de zócalos circulares de piedra, alzado de adobes, cobertura vegetal y soporte central. En una de las publicaciones se menciona la existencia de construcciones defensivas, aunque desconocemos por completo todo lo referente a ellas (Ministerio de Cultura, 1983, 38). Cerca del poblado contactamos con la necrópolis megalítica de Gor-Gorafe, con 238 tumbas, diseminadas sobre una distancia de unos 18 km (GARCÍA SÁNCHEZ Y SPAHNI, 1959). Los sepulcros de tipo *tholoi* se hallaban en franca minoría ya que sólo tenemos noticias de siete. Algunos de ellos fueron excavados en la zona de Las Gabiarras, próxima al poblado, aunque en la actualidad todos han desaparecido.

Se nos informa de la presencia de cerámicas pintadas y con decoración incisa de motivos solares. No hay noticias del hallazgo de objetos de marfil u otros materiales “exóticos”.

Valoración

La simple evaluación de presencia/ausencia de una serie de rasgos, es decir, una evaluación esencialmente cualitativa, no permite hoy por hoy confirmar la “homogeneidad cultural” que cabría esperar dentro del “Horizonte Millares”. Es más, la diversidad “estalla” si consideramos además la dimensión cuantitativa de los ajustes a la norma, lo cual, en bastantes casos, implica nuevos saltos cualitativos. Resumamos brevemente las conclusiones a que hemos llegado:

1. Si bien la ubicación en lugares cuyo relieve podría facilitar objetivos defensivos constituye el rasgo más común (con las importantes excepciones de Almizaraque y El Malagón), no sucede lo mismo con la existencia de fortificaciones, y menos aún con la presencia de bastiones. Los asentamientos con presencia segura de este tipo de dispositivos son una minoría⁶ y, por supuesto, de entre los que cuentan con ellos, *ninguno* puede compararse hasta el momento con el conjunto de Los Millares y sus fortines, donde los encontramos en gran cantidad junto a torres, fosos y barbancas.

2. Tres son las puntualizaciones que remarcamos sobre el ámbito funerario:

- a) Con la información disponible, no es posible documentar una asociación espacial constante de los lugares de habitación con necrópolis colectivas, y mucho menos con tumbas de falsa cúpula. De hecho, de los once yacimientos considerados, tan sólo seis⁷ se han podido asociar a sepulturas colectivas.

6. Tres seguros sobre un total de once, más la singular “casa C” de Campos.

7. Asumiendo que los habitantes de Terrera Ventura y de las Angosturas fuesen enterrados en las tumbas a las que se les asocia en la bibliografía.

b) Los Millares, las Angosturas, El Tarajal y Almizaraque son los únicos yacimientos en los que se han documentado tumbas de falsa cúpula. A este grupo podríamos añadir Terrera Ventura, aunque recordemos que su asociación espacial no era tan directa como en los otros casos. En uno de ellos (las Angosturas) los *tholoi* constituyeron una ínfima proporción en comparación con el número de sepulcros ortostáticos cercanos. En los dos últimos yacimientos, su número es muy inferior (15 y 3 respectivamente) a las 63 de los Millares. Este dato es más significativo si tenemos en cuenta que la ocupación de Almizaraque y de El Tarajal fue, como mínimo, tan prolongada como en Los Millares, circunstancia que parece revelar patrones distintivos de deposición funeraria. En este sentido, Los Millares presenta además la particularidad de contar en su necrópolis con una amplia gama de sepulcros (cámaras, cistas, cuevas y sepulcros ortostáticos de techo plano y corredor).

c) Disponemos de información sobre la práctica de enterramientos individuales dentro o fuera del asentamiento (Campos, Cerro de las Canteras), así como de otras deposiciones funerarias atípicas dentro del hábitat (el Tarajal).

3. La existencia de cabañas circulares con zócalo de piedras y alzado vegetal es un rasgo bastante extendido, pero en sí dista mucho de ser homogéneo, tanto sincrónica como diacrónicamente. En primer lugar, porque hay excepciones a la regla y tenemos documentadas cabañas sin zócalo en varios poblados. Además, aparte de diversas particularidades constructivas constatadas en las estructuras con paramentos curvos (soportes centrales, número de hiladas empleadas en el zócalo, grosor de los mismos, postes embutidos en las paredes, revocos de barro y/o cal, subdivisiones internas, uso de adobes, cierre de falsa cúpula, aleros, etc.), habría que añadir la existencia de muros rectos en otros casos.

Sin embargo, pueden ser más significativas las diferencias sincrónicas en cuanto a las dimensiones de las estructuras (fig. 1). En los dos casos presentados (Cerro de la Virgen y el Malagón) quizás pueda inferirse un paralelismo organizativo, con dos grupos de estructuras diferenciados en cada poblado respecto a la superficie que ocupan. Sin embargo, es preciso remarcar las importantes variaciones en términos absolutos del tamaño de las estructuras de ambos asentamientos. La variabilidad de las unidades habitacionales de los asentamientos calcolíticos y su relación con funciones concretas y/o divisiones sociológicas, constituye sin duda uno de los temas más atractivos de cara a futuras investigaciones. Por el momento, parece que la "indiferenciación" de las cabañas de la Edad del Cobre y la lectura socio-política que de ello se desprende (ARRIBAS, 1959; RAMOS, 1981) no es, cuando menos, tan evidente.

4. El caracterizar a la cultura millarensis como agrícola y a la megalítica como ganadera debe más a los patrones de asentamiento observados (o, más bien, no observados) que a las evidencias disponibles sobre fauna, carpología, antracología, palinología o paleodietética. En efecto, mientras que la ubicación de los hábitats junto a valles fluviales permitía inferir para la primera el aprovechamiento de estas zonas con fines agropecuarios, la ausencia casi absoluta de lugares de asentamiento para la segunda, unido a la ubicación "serrana" de muchos sepulcros megalíticos, sugirió la práctica de actividades subsistenciales móviles que se asimilaron a cierto tipo de ganadería transhumante. Además, pese a que la recogida de evidencias paleoeconómicas no ha figurado en los primeros lugares de la lista de prioridades de los/as arqueólogos/as, los hallazgos registrados no hacen posible por el momento cuestionar la práctica de la agricultura en los asentamientos millarenses (ARRIBAS, 1968; MARTÍN SOCAS, 1978). Sin embargo, quisiéramos dejar constancia de dos aspectos a nuestro juicio poco valorados:

a) La variabilidad respecto a la altitud sobre el nivel del mar en las ubicaciones de los asentamientos del "Horizonte Millares" (fig. 2) puede estar en relación con diversas estrategias de explotación de los recursos. En tal caso, la denominación global "agrícola" quizás oculte diferencias significativas en lo que atañe a la importancia relativa de cada una de las estrategias de subsistencia a nivel local.

b) Resulta curioso observar que, pese a que en los últimos años se han ido conociendo lugares de habitación al aire libre en el "área megalítica" (Los Castillejos de Montefrío, Los Castellones de Laborcillas, Torre Cardela, el Manzanil, Torre de Mingoandrés, El Cortijo de Camargo, Sierra Martilla), se sigue insistiendo en el carácter "eminente-mente"⁸ ganadero de estos grupos. Quizás el ejemplo más sorprendente lo proporcione el poblado de Los Castellones (Laborcillas, Granada) que, pese a disponer de fortificaciones y de una prolongada ocupación atestiguada por varios metros de sedimentos arqueológicos (que para sí quisieran muchos de los asentamientos millarenses), se sigue vinculando a comunidades pastoriles.

Sin duda sería de gran interés la reconstrucción paleoecológica de las serranías granadinas con el fin de averiguar si la superficie cubierta por pastizales en el tercer milenio garantizaba un régimen transhumante y, sobre todo, si esas zonas de pastos se hallan en relación directa con los monumentos megalíticos (cf. CHAPMAN, 1979).

5. Hemos comprobado que en casi todos los yacimientos se han hallado formas cerámicas "abiertas", aunque su importancia relativa dentro del

8. Aguayo, 1986, 264.

ajuar cerámico varía si nos atenemos a las ambiguas referencias de la bibliografía. Ya advertimos anteriormente que, en el caso de la cerámica, la mera indicación de presencias no era suficiente para definir modelos o tendencias distintivas. Además, es preciso tener en cuenta que “fuentes, platos y cuencos” son algunos de los tipos más extendidos entre los grupos calcolíticos, y que no faltan en regiones vecinas.

6. Aparte de en los yacimientos ya mencionados, se ha encontrado cerámica “simbólica” en la Rambla de Huéchar, La Atalaya, Fonelas, Hoya del Conquil, Las Viñas, Loma de la Manga y Cerro del Castellón (MARTÍN SOCAS Y CAMALICH, 1983), algunos de ellos pertenecientes al “mundo megalítico” granadino. Por su parte, también hay noticias del hallazgo de cerámica pintada en el Llano del Jautón, Loma de la Rambla de Huéchar, Loma de Belmonte I, Llano de la Cuesta de Almiel 23 y Las Peñicas 3 (MARTÍN et al., 1983), yacimientos “megalíticos” o donde, al menos, no hay constancia clara de hábitats típicamente millareses. El mayor número de ejemplares corresponde de nuevo a Los Millares.

7. Lo mismo puede decirse de la industria lítica que de la cerámica. Pese a que hemos podido constatar la presencia de puntas de flecha en casi todos los yacimientos, también se aprecian variaciones tanto en la “importancia” de la industria del sílex en sí, como en el abanico de tipos representados y en su frecuencia. Recordemos también que las puntas de flecha aparecen frecuentemente en muchos yacimientos contemporáneos de otras regiones. Como ocurre con la producción cerámica y también la metálica, se precisan análisis morfológicos, morfométricos y técnicos que permitan precisar tendencias significativas. Hoy por hoy no es posible sostener pautas exclusivamente “millareses” para ninguna de estas producciones.

8. La importancia de la metalurgia dentro del conjunto de las actividades productivas en los distintos asentamientos tampoco parece seguir el mismo patrón. Si bien en casi todos (a excepción del Cabezo del Plomo) hay constancia de objetos metálicos, y en buena parte de ellos se puede sostener la realización del proceso productivo *in situ*, sólo en Los Millares se han documentado espacios de producción con un notable grado de especialización.

9. En cuanto a los objetos “exóticos”, por variedad y cantidad Los Millares no admite comparación con ningún otro yacimiento. Es de destacar que un buen número de yacimientos han ofrecido algún ítem de marfil, aunque también es cierto que en cantidades casi siempre testimoniales, lo que reduce sus posibilidades para ser considerado un “indicador cultural” válido. También hemos de tener presente que se han efectuado hallazgos de objetos de este mismo material en las necrópolis

megalíticas de Gor, Fonelas, Los Eriales (HARRISON Y GILMAN, 1977) y también en Loja (CARRASCO et al., 1977) y Montefrío (ARRIBAS Y MOLINA, 1978).

El repaso que hemos efectuado sobre las evidencias proporcionadas por poblados “millareses” pone en cuestión la unidad del “Horizonte Millares” y, en consecuencia, su razón de ser como “herramienta” teórico-metodológica. Ninguno de los yacimientos cumple con los requisitos propuestos por la norma cultural; en rigor, ni siquiera con dos de los rasgos más ponderados, fortificaciones con bastiones y sepulturas de falsa cúpula, a excepción de Los Millares. Paradójicamente, el que más se ajusta a la norma resulta ser también el más excepcional.

Así las cosas, la pregunta que sería necesario formular es: ¿existe un conjunto de fenómenos a los que podemos seguir agrupando bajo la denominación de “Cultura de Los Millares”? Es preciso recordar que la concepción en términos de “cultura” exige desde Childe la contrapartida de una uniformidad de lo observable dentro de ciertos parámetros espacio-temporales. Esta uniformidad o, si se quiere, exigencia de “correspondencia empírica”, no se cumple en nuestro caso, pues hemos pasado revista a una diversidad de manifestaciones que escapan a la designación del concepto; un concepto que se dotó de contenido a partir de ciertos elementos arqueológicos procedentes de unos pocos yacimientos y que amplió luego su ámbito al ir integrando nuevas manifestaciones.

Evidentemente, el “Horizonte Millares” *existe* en la medida en que hay un determinado número de voluntades involucradas en una determinada producción de saber que lo hacen *real*. Por tanto, en la medida en que tales voluntades sigan consensuadas en tal dirección, se seguirá hablando y escribiendo sobre la “Cultura de Los Millares”.

* * *

Creemos interesante enlazar el problema de la delimitación del objeto “cultural” desde la perspectiva del funcionamiento de los discursos arqueológicos, intentando mostrar cómo articulan los enunciados y cómo forman o adoptan sus objetos.⁹ Las líneas que presentaré a continuación sólo son un breve esbozo del análisis de los discursos y de otras prácticas académicas comunes en la arqueología universitaria de un cierto número de países. Nos parece que una aproximación de este tipo evitaría el artificio de las doxologías-receta y de los distintos “planteamientos teórico-metodológicos” a partir de unas supuestas oposiciones conceptuales. Nos serviremos, sin embargo, de estos lugares comunes para iniciar nuestro ensayo.

9. Y advierto que no soy de ninguna manera original.

“Old Archaeology” versus “New Archaeology”

Siendo fieles a los típicos tópicos, habría que coincidir en que los arqueólogos/as *Old* o “tradicionales” comparten una actitud empirista gobernada por criterios implícitos y a menudo inconscientes, y que muestran poco interés y gran escepticismo respecto a la posibilidad de que la arqueología desvele las relaciones económico-sociales y políticas del pasado. En relación a la prehistoria reciente del sudeste, sus representantes actuales son un buen número de investigadores/as granadinos/as, murcianos/as, alemanes/as y canarios/as.

El funcionamiento de los discursos derivados de esta estrategia requiere en todos los casos, del establecimiento de un Principio metafísico al que se suponen unos referentes empíricos y de los cuales recibirá en parte su definición (p. e. cultura de metalúrgicos, bélica, etc.). En el caso que nos ocupa, éste recibe el nombre de “Cultura de Los Millares”, “Horizonte Millares” o “Mundo Millares”. Se trata, en otras palabras, de la instauración de lo que en filosofía se ha llamado *Logos*, Ser, Materia, Presencia o Sujeto; es decir, un principio ideal sobre el cual se pretende fundar la posibilidad de un pensamiento/conocimiento de lo “real”.

Paralelamente a la delimitación más o menos precisa del marco espacial cuyos fenómenos interesa, también se establece el desarrollo temporal de este Principio, a menudo conforme a un esquema evolutivo ternario (estadios “inicial”, “pleno” y “final”) con claras connotaciones vitalistas. En la definición de las etapas, fases, subfases o períodos son tan importantes las presencias como las ausencias; tanto lo que está como lo que estuvo y lo que estará. He aquí el *a priori* de *unidad lineal de desarrollo*. Se habla, por ejemplo, de “Neolítico precerámico” de “Cobre precampaniforme”, o de “pre-” o “protourbanismo”. El uso del prefijo “pre-” delata el truco de conocer el final; con el prefijo “post-” se finge conocer el presente por lo que fue y ya no es.

La premisa de temporalidad lineal explica la búsqueda obsesiva de estratigrafías como finalidad última de la excavación, así como el planteamiento de ésta mediante zanjas, trincheras o cortes. En este tipo de discurso arqueológico, las “problemáticas”, los debates y los focos de la investigación tienen que ver casi exclusivamente con aspectos temporales y de delimitación espacial. Las esperanzas puestas en la labor “futura” que suelen escribirse al final de los artículos, son en su mayoría desideratas sobre nuevas estratigrafías que permitan documentar o completar etapas “mal conocidas” del desarrollo de una Cultura, o bien dilucidar su implantación en una región.

En la definición y periodización del fundamento metafísico bajo la forma arqueológica de “cultura”,

algunas manifestaciones materiales son investidas con su esencialidad; es decir, se establecen los “fósiles directores” que, eventualmente, serán enunciados en “normas”. Su sola presencia en nuevas localidades hará que lo nuevo quede ligado al Principio clasificatorio, periodizador y explicativo. Así, lo concreto (nuevos yacimientos, datos, etc.) sólo pasa a ser inteligible tras una operación metodológica de carácter uniformizador que actúa mediante la subordinación de sus eventuales diferencias o singularidades a la analogía con la esencia previamente establecida. La noción de “influencia” y sus compañeras las implícitas o explícitas de “difusión” y “aculturación” (con todos los matices que se quiera) ocupan un lugar central a la hora de establecer los dominios espaciales de la Cultura ya que, de hecho, comprende en su generalidad a la más concreta de “fósil director”¹⁰. Salvo raras excepciones, los/as investigadores/as comprometidos/as con esta perspectiva, no tienen problemas en reconocer el lugar común de la quiebra del *ex Oriente lux* tras la “revolución del radiocarbono”, pero eso no implica el abandono del difusionismo como mecanismo explicativo. Hace veinte o treinta años, para responder a los interrogantes de cómo, cuándo y por qué un determinado objeto o rasgo cultural se hallaba presente en un yacimiento del Sudeste, bastaba con indicar otro objeto o rasgo análogo a miles de kilómetros de distancia (generalmente en el Egeo o el Próximo Oriente). La “quiebra del paradigma difusionista” ha demostrado que no hay que cometer el error de buscar tan lejos, sino que es posible encontrar esos objetos o rasgos más cerca. En la situación actual, se observa una renuncia total o parcial a proponer relaciones a larga distancia¹⁰ y la reproducción del proceder anterior a una escala más reducida. De ahí la importancia creciente del “autoctonismo” entre los/as investigadores/as de este país. Autoctonismo como “difusionismo de bolsillo”.

Ya sea bajo la forma de “contactos comerciales” o religiosos, migraciones, “permanencias” del sustento o mera “transmisión de ideas”, la “influencia”

10. También es posible “ambigüizar” tales relaciones. Hay quien habla ahora de que “a través del mar llegan corrientes culturales propiciadas por el trasiago iniciado en el III milenio a.C., más o menos tamizadas por puntos intermedios. En realidad, todas las tierras perimediterráneas llegaron a compartir aspectos culturales diversos, con más o menos fuerza, ya que, después de algunos años de estudio por parte de diversos especialistas, ha quedado demostrado que, a partir sobre todo del III milenio a.C., las tierras bañadas por el Mediterráneo están en relación más o menos intensa, como parecen evidenciar los rasgos culturales comunes que comparten, los paralelismos tipológicos y la similitud de soluciones adoptadas ante problemas semejantes” (EIROA, 1989, 28-29).

Otro brillante ejemplo de argumentación *ad hoc* nos lo brinda W. Schüle:

“No es necesario que estos prospectores procediesen directamente del litoral oriental del Mediterráneo, trayendo objetos materiales que nosotros podríamos reconocer y clasificar de importaciones directas de Oriente. Para transmitir ideas y técnicas no hace falta un gran número de personas” (1986, 211).

permite clasificar lo concreto y, al mismo tiempo, interpretarlo conforme al *carácter* de la Cultura. Los poblados calcolíticos de la zona noreste de Granada (Cerro de la Virgen y El Malagón) se consideraron en su momento testimonios de la expansión de los prospectores de metal almerienses hacia el interior. Está claro que la afirmación no se pronunció tras un análisis del alcance de la producción metalúrgica de estos asentamientos (volumen de la producción, grado de especialización, cercanía a afloramientos...), ni de la constatación de contactos efectivos con la costa en este sentido, sino que simplemente se planteó una extensión del "Ser" metalúrgico millarense.

Resulta revelador, o cuando menos instructivo, el observar cómo estas prácticas discursivas se reproducen conforme "avanza" la investigación. Con motivo de la excavación de la meseta más interna del yacimiento de Los Millares y del descubrimiento de la cantidad y características de los restos de cerámica campaniforme allí encontrados, leemos:

"La siguiente fase viene definida por una gran cabaña de planta circular (FB), que se ha podido estudiar en la mitad de su perímetro, y en la que el Campaniforme alcanza ya un fuerte desarrollo, pudiéndose considerar ya en este momento a dicho tipo de cerámica como el más característico del poblado y contando su tipología con formas y patrones decorativos específicos que permiten definir *la existencia en Los Millares y, por extensión, en todo el ámbito del Sudeste, de un horizonte Campaniforme propio*" (ARRIBAS et al., 1985, 255; las cursivas son nuestras).

Este texto ilustra las relaciones de dependencia establecidas a partir de Los Millares que integran el llamado Calcolítico del Sudeste, así como la práctica de uniformización y unidad que se deriva de la Idea por encima de la diversidad de los fenómenos, tal y como mostramos anteriormente.

Tarde o temprano, cada cultura tropieza con unos límites. En general, éstos se establecen en el momento en que dejan de reconocerse las esencialidades previamente definidas, bien en el tiempo (a lo largo de una estratigrafía o secuencia) o en el espacio (área cultural). Se plantean entonces dos alternativas que complementan el proceder metafísico. En un caso, actúa el principio de oposición y automáticamente se ceden los derechos a un principio vecino o bien se crea otro *in situ*. Leemos entonces algo así: "no, este yacimiento no pertenece al horizonte X, sino que recibe los influjos de la cultura Y"; "creemos que existen elementos para definir lo que llamaremos Complejo Cultural Z en esta región, independientemente del horizonte A"; o bien "la cultura X cede el paso a la cultura Y". En otras situaciones, especialmente en las que resulta difícil decidir una "ruptura cultural" en el tiempo, se invoca a la *tradición*. La tradición es uno de los artificios de la metafísica del principio para que

nada escape a él. No es excepcional leer algo como: "podemos considerar a este yacimiento como adscrito al horizonte X, pero no podemos por menos que apreciar un cierto *sustrato* de una *tradición* anterior que le confiere una cierta *personalidad*"; o "se trata de una comunidad *cerrada, marginal*, que no recibe influjos exteriores y se mantiene fiel a su tradición". Por su intermedio, las diferencias son atrapadas y unificadas por su propio pasado gracias al relato (mito) de origen (la presencia "presente" del pasado). Así pues, la búsqueda del referente (otredad o tradición), razón de ser de la noción de "influencia", constituye el medio y el fin de gran parte de la investigación empírica. Posiblemente sea en las regiones que comienzan a ser conocidas donde esta necesidad de "tutela" permita apreciar con más claridad lo que es moneda común.¹¹

Como hemos mostrado, la delimitación de una cultura es en buena medida una operación arbitraria y relativa. Si el número de rasgos relevantes es elevado, las diferencias importantes aparecerán pronto y, por oposición, verán la luz nuevas culturas; si, por contra, se exigen pocos (y la política de actuación del "fósil director" único constituye la postura extrema) los grupos culturales serán muy extensos (p. ej. la "civilización del vaso campaniforme", "el mundo megalítico", "la expansión argárica por la Península"). Podemos apreciar entonces lo mucho que deben las "culturas" actuales a los primeros excavadores de principios del XIX o inicios del XX, a sus deseos o no de publicar, y también a la obra de los primeros "sistematizadores", quienes establecieron las asociaciones clave que en bastantes casos se han transmitido hasta hoy en día.

Pero la arbitrariedad va más allá del simple hecho de decidir cuántos y cuales deben ser los atributos esenciales de una cultura. Planteamientos implícitos de conveniencia puntual también pueden decidir la adscripción de un yacimiento por encima de cuestiones estrictamente formales. La prehistoria del Sudeste nos brinda algunos ejemplos interesantes. El sistema defensivo del Cabezo del Plomo le ha valido su calificación como poblado "tipo Millares" a pesar de que no cumple buena parte de los requisitos de la norma (véase *supra*). Sin embargo, en el caso del Cerro de los Castellones de Laborcillas (MENDOZA et al., 1975; AGUAYO, 1977), ni la ubicación topográfica, ni sus sistemas defensivos (puntos comunes con el Cabezo del Plomo) le sirvieron para entrar dentro de la órbita millarense. En esta ocasión influyó más la existencia de las inmediaciones de una importante necrópolis de tumbas megalíticas (Los Eriales) para determinar su inclusión en el mundo megalítico granadino. ¿Por qué este tratamiento diferencial dadas mani-

11. Véase, por ejemplo, Carrilero et al., 1982.

festaciones empíricas no demasiado dispares en un cierto nivel de generalidad? Creemos que en ello entran en juego factores externos a la “materialidad” de las propias evidencias.

De entrada, los referentes de comparación para el yacimiento murciano en áreas limítrofes son prácticamente nulos por el momento. Ni en Murcia ni al norte de esta provincia se han definido culturas neolíticas y calcolíticas claramente diferenciadas (*con personalidad propia*) que pudieran marcar una “frontera” clara con la primera que quedó establecida en el Sudeste, o sea, Almería/Millares. Por tanto, hasta que ello no se produzca (si es que sucede así), los nuevos hallazgos serán tributarios de ésta. Por el contrario, la situación coyuntural de los Castellones era diferente. En Granada sí que existía la referencia de un ente uniformado a partir del contenedor funerario (Mundo Megalítico Granadino) y la contigüidad de la necrópolis de Los Eriales jugó la baza decisiva. Probablemente, de no haber habido megalitos por medio, no se habrían planteado grandes dificultades para adscribir a este yacimiento dentro del “Mundo Millares”. A tal fin, se habría invocado la disponibilidad de tierras cercanas para el cultivo, fortificaciones con bastiones y ubicación topográficamente similar a otros poblados almerienses, entre otros rasgos.

Siguiendo esta primera clasificación, les toca el turno a los “nuevos arqueólogos”, que sobre el estudio de la prehistoria reciente en el Sudeste son mayoritariamente anglosajones. Frente a los culturalistas tradicionales, éstos consideran que los datos objetivos producidos en la excavación y en el laboratorio permiten verificar o refutar hipótesis explícitas sobre el funcionamiento y evolución de los sistemas sociales y/o culturales. Reivindican una objetividad que erradique la anarquía de los paralelos formales y las inferencias de “primer grado” de la *Old Archaeology* y para ello acuden a la consideración de variables como “energía”, “información”, “complejidad”, “interacción”, “integración”, “intensificación” o “inversión de capital” que reconocen como intersubjetivas.

Sin embargo, he aquí que pese a la oposición pretendidamente irreconciliable entre *News* y *Olds*, aparecen convergencias interesantes. La primera de estas citas se produce nada más y nada menos que en el objeto de estudio. En lo que al Calcolítico se refiere, tanto Chapman, como Gilman, Mathers y Ramos, aceptan *a priori* que lo que hay que analizar es una supuesta realidad designada por el nombre de “Cultura de Los Millares”. No hay, pues, cambio de objeto-modelo en contra de lo que cabría esperar, ya que el método científico dicta que lo primero que debe establecer una disciplina que se precie de tal (y la *New Archaeology* pretende lograr ese estatus) es fijar el campo de fenómenos que se propone investigar (BUNGE, 1985). Así, las redes de intercambio, interacción, prestigio o información propuestas ahora

como definidoras del sistema o unidad de análisis se superponen al esquema de siempre sin cuestionarlo lo más mínimo.

La pregunta sería: ¿en virtud de qué operación previa de selección y ordenación de los datos cabe afirmar la generalidad de un proceso?; o, en otras palabras, ¿qué es lo que une al Cerro de la Virgen y a Los Millares, por ejemplo, para que pensemos que lo que ocurra en uno de ellos (intensificación de la producción, surgimiento de un grupo de individuos defensores, incremento de población, etc.) sea relevante para explicar lo que sucede en el otro?; ¿cómo identificar arqueológicamente ese “algo”? Los “nuevos arqueólogos” han asumido distraídamente que los “procesos” se desarrollaban en las unidades culturales previamente uniformadas y sobre ellas han aplicado sus modelos. Esta actitud no es privativa de los investigadores del Sudeste prehistórico: piénsese si no en la “polémica” Bordes-Binford, en la que se discutía todo excepto lo principal: la validez como objeto de conocimiento de algo llamado “musteriense”. El moderno sistema cibernético no se diferencia sustancialmente de la vieja cultura. Ni la *New* es tan *New*, ni la *Old* es tan *Old*.

Idealismo versus materialismo

Otra tipologización de los puntos de vista actuales podría establecerse en términos de la clásica oposición entre idealismo y materialismo. Siguiendo los criterios de la tradición filosófico-antropológica europea, tendríamos de nuevo por un lado el enfoque culturalista-tradicional. Según este posicionamiento, existen normas consensuadas y transmitidas de generación en generación que gobiernan la conducta práctica de los individuos. Por tal razón, las similitudes entre objetos (tipos cerámicos, metálicos, líticos, etc.) y asociaciones de rasgos (localización de los asentamientos, ritual funerario, etc.) constatadas sincrónica y topológicamente, testimoniarían esta comunidad de valores compartidos. En sí misma, esta perspectiva “cultural” de hoy día no difiere en sus premisas y articulación interna de los enfoques raciales/-istas y “populares” (por lo de “pueblo”) vigentes en otras épocas.

Los cambios observados en el registro arqueológico se atribuyen a la llegada de nuevas gentes, portadoras de valores diferentes a las anteriores, o bien a procesos de “aculturación” o de difusión de ideas. Además, para no caer en la reducción al absurdo en la búsqueda del origen de las novedades, se concede implícitamente el supuesto elitista de la existencia de configuraciones mentales o culturales cualitativamente diferentes. Existirían, pues, mentes geniales, o culturas innovadoras, pujantes, brillantes o “altas”, en oposición a comunidades o grupos retardatarios, arcaizantes (con sus connota-

ciones negativas) que en ocasiones permanecen aletargadas durante milenios para despertar con “pujanza” en un momento determinado. En este mundo tan caro a las mentes y al psiquismo, no sorprende leer que una cultura tiene una “personalidad propia” o un “carácter definido”.

En cambio, los “materialistas”, y habría que incluir en este grupo a todos los nuevos/as arqueólogos/as, consideran la idealidad de las normas culturales en una situación de dependencia respecto de variables observables en el mundo físico y, por tanto, mesurables. Entre estas variables figuran las condiciones ecológicas, la dinámica demográfica o el nivel técnico, cuya interacción permitiría explicar los cambios del registro arqueológico.

Es un lugar común entre las críticas materialistas a los enfoques idealistas la acusación de normativismo en el tratamiento de las relaciones entre individuos y grupos; así mismo, se denuncia la subjetividad que supone subordinar a evaluaciones personales la demostración de los contactos.¹² Sin embargo, si nos detenemos a evaluar los modelos de Chapman, Mathers, Ramos o Gilman, comprobaremos un normativismo como mínimo igual al de sus “adversarios” intelectuales. La necesidad de irrigar, de practicar el policultivo mediterráneo, de “intensificar” la producción en una palabra; de enterrarse todos juntos o de aceptar a unos líderes y a sus “economías de prestigio” implica la asunción nada materialista de una comunidad de objetivos en las sociedades del pasado. En este nuevo normativismo ya no se contempla el registro arqueológico como un tablero e el que fluyen las “influencias” de un lado a otro, sino como *el lugar donde se articulan las funciones* que tienden al mantenimiento de la “estabilidad” del sistema o bien de la “producción” lo cual constituye un artículo de fe de lo más “personal”, “normativo” y “subjetivo”.

Otro lugar común de las críticas “materialistas” radica en el desacuerdo con la explicación “externa” del cambio cultural en la arqueología tradicional, por oposición a la nueva “arqueología social”. En realidad, todo depende de lo que consideremos “externo” a lo que cambia. Es cierto que el difusionismo de la arqueología *Old*, ya sea bajo la modalidad de llegada de nuevas gentes (misioneros, prospectores o colonos) o bien bajo la formulación más reciente de “aculturación” matizada, filtrada, etc., supone, de hecho, que la determinación originaria de las variaciones que observamos se habría realizado en otro lugar y a cargo de otros individuos. No obstante, en los modelos de Gilman, Chapman y Mathers la determinación originaria también es externa, ya que procede fundamentalmente de las condiciones climáticas dadas, un subsistema en principio desligado de “lo social”

que debería constituir el objeto de estudio. Hablar de “interacción” sociedad/medio es ocioso desde el momento en que la puesta en práctica de estrategias de subsistencia determinadas o el nacimiento de élites o clases dirigentes que se aprecia en el Calcolítico no se habría producido de no ser por los constreñimientos de la aridez (como, según se sostiene, no ocurrió en las tierras húmedas de la Alta Andalucía por esas fechas). Más adelante volveremos sobre este punto.

Quizás, recordando en cierto modo a Foucault, estemos ante dos formas distintas de generar discursos “verdaderos”. Una, la culturalista, es más “hermenéutica”. Deja más espacio para las apreciaciones personales, aunque también se autoimpone ciertas exigencias empíricas, digamos intersubjetivas que, como hemos visto antes, no creemos que se cumplan aceptablemente en el caso del Sudeste. La otra, la *New* “materialista”, constituye una llamada a un “orden” más estricto al intentar establecer las reglas de un método que debe ser enunciado y compartido por todos los participantes en el juego. Que no se crea tampoco que en la llamada arqueología tradicional campa la “anarquía metodológica subjetivista”. El énfasis en establecer tipos, subtipos, fases, subfases, períodos, “momentos”, etc., tarea que a menudo sigue un proceder que recuerda en mucho al de la botánica o a la zoología clásicas, responde a una fuerte exigencia por dominar la diversidad. La *New Archaeology* sistémica tiende en cambio a fijar lo concreto ateniéndose más a las *esencias funcionales* que a sus formas o superficies. Un monumento funerario megalítico concilia tensiones colectivas y/o afirma ciertos derechos del grupo gracias a su función simbólica; la irrigación o los “productos secundarios” intensifican y/o estabilizan la producción; los objetos “exóticos” y el vaso campaniforme simbolizan el estatus; los estilos cerámicos transmiten información. La función dada *a priori* por el/la arqueólogo/a constituye lo común y la norma. Desde esta óptica, la procedencia de los objetos o pautas, prueba de contactos e influencias a cuya identificación se orienta la investigación “tradicional”, deviene algo secundario en la explicación.

No obstante, donde mejor se aprecia el rigor de la *New* es en el énfasis puesto en el método. Su funcionamiento por hipótesis-contrastación, su modo de desear producir “verdades”, la lleva a rechazar muchos planteamientos y conclusiones de la arqueología tradicional¹³ como no científicos y apenas dignos de crédito. Se dirá, por ejemplo, que una similitud formal no es suficiente para probar el contacto: serán necesarios análisis de procedencia y, a ser posible, otras evidencias independientes; o también que las nuevas presencias no justifican el hablar de invasión o colonización; será preciso establecer la identidad completa de los

12. Véase Chapman, 1990, 33.

13. Como mostramos más arriba, el rechazo es sólo relativo.

invasores en su lugar de origen y “modelar” las causas que les impulsaron a desplazarse.

Por contra, la *Old* puede sobrevivir a las modernas exigencias tecnocientíficas. En primer lugar, sabe que sus ordenaciones de los datos a partir de horizontes/culturas divididos en fases no se ven cuestionadas seriamente.¹⁴ Le basta añadir a su discurso algunos términos de éxito (lo “doméstico”, la “competición” por los recursos, los indicios de “jerarquización” y “estatus”, las sociedades “segmentarias”, etc.) y dedicar una parte mayor del presupuesto a las ciencias auxiliares (análisis faunísticos, carpológicos, antracológicos, procedencia de materias primas...) para dar la misma impresión de modernidad cuando la situación lo requiera. Es posible que la revolución del radiocarbono cuestionara las interpretaciones generales establecidas sobre la prehistoria europea, pero veinte años después, una vez pasado el “susto”, todo vuelve a ir como si nada: ¿qué mejor aval que un buen cuadro de dataciones para que no haya duda del orden de los “procesos de aculturación”? ¿qué más se puede pedir para “probar” las influencias externas que un análisis de procedencia de algunas cerámicas?, ¿hay algo más objetivo que la descripción cuantificada y analítica de un “tipo”, según criterios aceptados por todos, para mostrar que se trata de un elemento distintivo de una cultura o de un período?

No creemos que el desarrollo de la *New Archaeology* tenga que ver con el despertar a una racionalidad objetiva que, por fin y con las garantías de la ciencia, saque a la arqueología de las tinieblas y el caos a que el subjetivismo y el historicismo la había sumido desde el mismo momento de su fundación. Más bien se trataría quizás de dos formas distintas de generar discursos arqueológicos, cada una de las cuales tiene sus criterios de producir “verdades” sobre los datos, aparece ligada a prácticas extradiscursivas diferentes y tiene sus propias antinomias. Sin embargo, como también hemos podido entrever, comparten actitudes y elementos del discurso, y quizás no haya que hablar de una ruptura total entre ambas, ni un cambio radical de epistemas, ni un encadenamiento de paradigmas irreconciliables. Podemos apreciar la eliminación de algunos enunciados, el desplazamiento de algunos conceptos, la inclusión de otros y nuevas articulaciones. Pese a ello, la política de formación de los “objetos” se ha mantenido: en el Calcolítico de Sudeste, el “Horizonte Millares” no ha visto peligrar su hegemonía; si acaso tan sólo su subdivisión cronológica interna (CHAPMAN, 1981), de la cual tampoco hay recambios. Del mismo modo, también se han mantenido muchas de las prácticas institucionales ligadas al quehacer arqueológico como, por ejemplo, el modelo de je-

rarquización piramidal de los involucrados en la disciplina o la relación profesional/público.

Marxismo versus funcionalismo

Por último, podríamos intentar abordar una clasificación epistemológica individualizada. Tomaríamos cada autor por separado e intentaríamos exponer los elementos teóricos que utiliza, su filiación dentro de una “escuela” y también las incoherencias o defectos explicativos que presenta su propuesta. Ciñéndonos a las últimas aportaciones de la arqueología procesual, nos centraremos a las recientes publicaciones de Chapman y Gilman. A nuestro juicio, la relevancia y repercusión de sus trabajos les han llevado a ser los autores más conocidos y también los más citados.¹⁵

La Academia ha concedido por unanimidad el título de “materialista dialéctico” o “histórico” a Gilman después de la publicación de su modelo clásico (1976) con sus sucesivas matizaciones (GILMAN Y THORNES, 1985; GILMAN, 1987a) y de algunos ensayos de fondo (GILMAN, 1987b). En este sentido se han pronunciado desde B. Blance (1986) a Chapman et al. (1987), pasando por Hernando (1987) y Martínez Navarrete (1989), quien en diferentes momentos no vacila en calificarlo de “materialista histórico”, “materialista histórico ortodoxo” o seguidor del “marxismo clásico”. Nos parece sorprendente cómo los comentaristas-clasificadores (tarea que por cierto realizamos en estos momentos) han calificado tan alegremente, aunque quizás ello sea consustancial a esta actividad. Presentaremos aquí algunos puntos que sugieren que, en cuanto a la teoría, Gilman está más cerca de un “funcionamiento ecléctico” (nuestra nueva etiqueta) que del marxismo.

1. La existencia de un clima árido no implica unívocamente la adopción del regadío. Ante este tipo de situaciones ecológicas, la variedad de respuestas puede ir desde una vuelta a la caza y la recolección por parte de pequeños grupos móviles, al mantenimiento perenne de ese territorio como “marginal” respecto a la ocupación humana. Lo que queremos indicar es que no es evidente el creer que un clima árido (siempre y cuando este punto estuviese demostrado para la prehistoria del sudeste) implique el regadío. Un “materialista dialéctico” sin duda hubiese incidido en qué relaciones de producción, qué demandas de excedentes y por parte de quiénes hubieron motivado el cambio tecnológico. De todos los marxistas “no economicistas” es sabido que la tecnología no constituye

15. Del resto de autores se pueden encontrar suficientes indicaciones en Chapman et al., (1987) y en Micó (s.p.; Trabajo de Investigación inédito del Programa de Doctorado del Departament de les Societats Pre-capitalistes i d'Antropologia Social).

14. Véase *supra*.

una variable independiente, aunque Gilman no tiene reparos en encadenar a lo largo del tiempo sucesivas inversiones de capital intensivo como el regadío-cultivo de vid y olivo-aprovechamiento de los productos secundarios sin explicitar la lógica socio-económica que las posibilita.

2. Hablábamos hace un momento de “relaciones de producción” y de “demandas sociales”. Se nos puede objetar: Gilman sí hace entrar en juego a la sociedad. Vean si no su propuesta de “Modalidad doméstica de Producción” (MDP) para las comunidades que ponen en marcha la intensificación económica que supone el regadío. En primer lugar, quizás debiéramos aclarar que el Sahlins de *Economía de la Edad de Piedra* poco tiene que ver con el marxismo, a no ser en relación a los intentos por refutarlo. La MDP es una abstracción teórica mediante la cual Sahlins intentó mostrar la subordinación de lo “económico” respecto al parentesco o la organización política en las sociedades no estatales. No existen sociedades concretas que se ajusten a la norma de la MDP (antiexcedentismo, comportamiento económico automístico e insolidario), como demuestra Sahlins con sus propios ejemplos. Por eso, es un sinsentido decir que una sociedad está estructurada según la MDP. Este desliz es comprensible en autores cuya orientación teórico-metodológica es propensa a proponer caracterizaciones sociales de manual que satisfagan las exigencias de la moda (por ejemplo, ARRIBAS y MOLINA, 1984), pero en ningún caso admisible para un auténtico “materialista dialéctico”.

3. Como se exige a todo buen marxista, Gilman cumplió con la obligación de criticar al funcionalismo (cf. GILMAN, 1981). Según esta crítica, no habría que analizar cómo surgen y se mantienen las élites gracias a los servicios prestados a la sociedad como pretende el funcionalismo ecológico, sino cómo lo hacen a pesar de que la mayoría de sus acciones se dirigen a su exclusivo beneficio. Gilman afirma que la necesidad de defender las parcelas que han recibido la inversión en trabajo y de las cuales depende la subsistencia presente y futura en un medio inhóspito, requiere la aparición de individuos encargados de defenderlas y favorece a largo plazo la exacción estable de un excedente por parte de una clase militarista. En palabras del propio autor: “the *benefits* of an intensified agriculture *could only be enjoyed* within a new framework of productive relations” (GILMAN, 1976, 316; las cursivas son nuestras). El funcionalismo de esta formulación es evidente: las élites son necesarias porque sus servicios son imprescindibles para que la población subsista de la única manera que puede hacerse en un clima tan árido.¹⁶

16. Dejamos a la apreciación del lector/a la valoración de los paralelismos con las obras de ilustres funcionalistas: “La necesidad de grandes obras de defensa se hace sentir casi desde los comienzos de la agricultura hidráulica. Contrariamente al agricultor pluvial, que puede proteger sus campos con relativa

Las clases dirigentes responden a una necesidad social (la de defensa); el hecho de que a la larga la satisfacción de esa necesidad sea gravosa (explotación) no es relevante en cuanto a su inevitabilidad y/o irreversibilidad.

4. En cuanto al tema del reclutamiento de los guerreros-defensores que acabaran por construir una clase dirigente, Gilman vuelve a desentonar con su pretendido marxismo.

“*Individuals ambitious for themselves and for their offspring are not wanting in any society. In societies with unintensive systems of production, the self-aggrandisement of such would - be rulers does not lead to stratification; in societies with capital - intensive subsistence systems would - be leaders succeed in establishing permanent control*” (GILMAN y THORNES, 1985, 187; las cursivas son nuestras).

La existencia universal de individuos “ambiciosos” es un supuesto de carácter psicológico que, aparte de las dificultades que reviste el dotarlo de contenido empírico, no figura entre los principios empleados por los/as autores/as marxistas. Un universal mentalista como éste, unido a la determinación tecno-ambiental del clima árido y el regadío, hacen del modelo Gilman algo muy difícil de digerir y aún más para el estómago de un marxista.

R. W. Chapman (1982; 1990) comparte con Gilman la determinación climática en las estrategias de subsistencia y la jerarquización social que se deriva de ello. La necesidad de poner en marcha el regadío llevó consigo la agregación de la población en comunidades estables junto a los lugares donde aquél fuera posible. A partir de entonces, fue necesaria la aparición de líderes que gestionasen las nuevas normas de acceso de individuos y grupos a la tierra y al agua. Ya hemos expresado más arriba algunas objeciones respecto a este proceder por el que el desarrollo social depende del clima.

Al igual que Gilman, Chapman contempla la adopción de estrategias de subsistencia intensivas como formas de *intensificación* de la producción. Sin embargo, hay que tener en cuenta que la “intensificación” no se demuestra indicando meramente la adopción de estrategias de subsistencia que incrementen rendimientos brutos por unidad de área cultivada. Por ejemplo, supongamos que una comunidad de 50 individuos necesita obtener una cantidad X de alimentos para su subsistencia, objetivo que consigue mediante una estrategia extensiva (barbecho largo). Otra comunidad, esta vez de 100 individuos, obtiene gracias al regadío la

facilidad, el agricultor de riego depende de una fuente de fertilidad inamovible aunque altamente recompensadora. En los primeros días del cultivo hidráulico la vinculación a un sistema fijo de suministro de agua debió de haber movido en muchos casos a la comunidad agraria a construir fuertes defensas alrededor de sus casas y campos” (WITTFOGEL, 1966, 54).

Figura 1

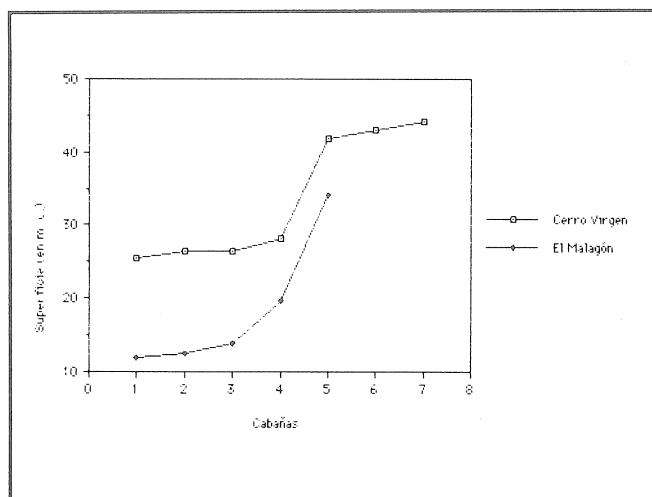


Fig. 1. - Superficies de cabañas contemporáneas. Se ha tomado como referencia el diámetro máximo.
Fuentes: ARRIBAS et al., 1978 (El Malagón) y KALB, 1969 (Cerro de la Virgen).

Figura 2

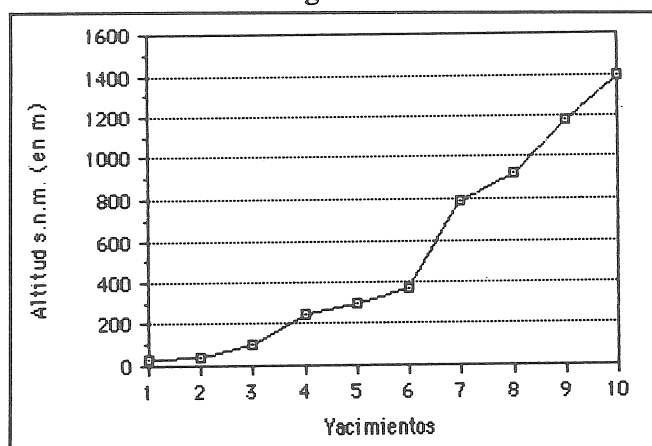


Fig. 2. - 1. Almizaraque. - 2. El Tarajal. - 3. Campos. - 4. Los Millares. - 5. Cabezo del Plomo. - 6. Terrera Ventura. - 7. Cerro de las Canteras. - 8. Cerro de la Virgen. - 9. El Malagón. - 10. Las Angosturas. (No disponemos de los valores exactos de Ciavieja).

cantidad suficiente para mantener el mismo nivel de subsistencia que la anterior. ¿Se puede afirmar que la segunda comunidad ha intensificado la producción respecto de la primera? En principio, no, porque cada individuo consigue la misma cantidad de alimentos. Sí cabría hablar de intensificación si los rendimientos brutos aumentasen sin que lo hiciera proporcionalmente la población. Lo crucial al considerar la intensificación no es el incremento en la cantidad de producto final obtenido, sino el aumento en trabajo que ello puede requerir. El trabajo per cápita en nuestras hipotéti-

cas comunidades no varía necesariamente con la irrigación, ya que los mayores efectivos poblacionales de la segunda podrían absorber las tareas complementarias a que obligan las obras de control del agua, su mantenimiento, etc. Desde esta perspectiva, no nos contentaríamos con verificar la adopción consensuada de estrategias subsistenciales intensivas para luego justificar el incremento en la "complejidad" política. Se trataría más bien de intentar mostrar arqueológicamente cómo se reparte entre los miembros del grupo el incremento de trabajo, qué parte de lo producido revierte o permanece bajo el control de los productores para su consumo y de qué otros productos o prestaciones se priva o excluye a un sector de la población (por ejemplo, productos de uso exclusivo, acceso a medios de defensa, al ritual funerario, etc.).

Lo único que hemos pretendido con este pequeño ensayo es empezar a desvelar aquellos supuestos o apriorismos que rigen la elaboración de los discursos arqueológicos, tanto de los "teórico-empíricos" sobre yacimientos o prehistorias regionales concretas como de aquellos que pretenden clasificar a los anteriores dentro de "corrientes generales" de pensamiento". Nuestro proyecto responde a una disconformidad con estos discursos y con la serie de prácticas académicas, sociales e institucionales que los acompañan. En sí mismas, estas líneas no contienen una "alternativa" en el sentido usual del término. No pretendemos ofrecer ahora los axiomas de un nuevo sistema totalizador, ni tampoco cantar las excelencias de la hermenéutica. Sin embargo, quizás contribuyan a esbozar lo que podría ser, como escribió Foucault, "pensar de otra manera".

Rafael Micó

Dept. d'Història de les Societats Precapitalistes i Antropologia
Social. Universitat Autònoma de Barcelona
08193 Bellaterra

Bibliografía

AGUAYO 1977

P. Aguayo "Construcciones defensivas de la Edad del Cobre peninsular. El Cerro de los Castellones (Laborcillas, Granada)", *Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada*, 2, 87-104.

AGUAYO 1986

P. Aguayo "La transición de la Edad del Cobre a la Edad del Bronce en la provincia de Granada", *Homenaje a Luis Siret*. Consejería de Cultura de la Junta de Andalucía, Sevilla, 262-270.

ALMAGRO, ARRIBAS 1963

M. Almagro, A. Arribas, *El poblado y la necrópolis megalíticas de Los Millares (Santa Fe de Mondújar, Almería)*. Biblioteca Praehistorica Hispana vol. III, Madrid.

ALMAGRO GORBEA 1965

M. J. Almagro Gorbea, "Las tres tumbas megalíticas de Almizaraque", *Trabajos de Prehistoria*, 18.

ALMAGRO GORBEA 1973

M. J. Almagro Gorbea, "El poblado y la necrópolis de El Barranquete (Almería)", *Acta Arqueológica Hispánica*, VI.

ALMAGRO GORBEA 1976

M. J. Almagro Gorbea, "Memoria de las excavaciones efectuadas en el yacimiento de El Tarajal (Almería)", *Noticiario Arqueológico Hispánico*, 5.

ARRIBAS 1959

A. Arribas, "El urbanismo peninsular durante el bronce primitivo", en *Zephyrus*, núm. 1, 81-128.

ARRIBAS 1968

A. Arribas, "Las bases económicas del Neolítico al Bronce", en Tarradell, M. (ed.): *Estudios de economía antigua de la Península Ibérica*. Vicens Vives, Barcelona, 33-56.

ARRIBAS 1977

A. Arribas, "El ídolo de "El Malagón" (Cúllar-Baza,

Granada), *Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada*, 2, 63-86.

ARRIBAS, MOLINA 1979

A. Arribas, F. Molina, "Nuevas aportaciones al inicio de la metalurgia en la Península Ibérica. El poblado de Los Castillejos de Montefrío (Granada)", en Ryan, M. (ed.): *The Origins of Metallurgy in Atlantic Europe*, Dublín, 7-32.

ARRIBAS, MOLINA 1984

A. Arribas, F. Molina, "Estado actual de la investigación del megalitismo en la Península Ibérica", *Scripta Praehistorica. Francisco Jordà. Oblata, Salamanca*, 63-112.

ARRIBAS et al. 1977

A. Arribas, F. Molina, F. Torre, T. Nájera, L. Sáez, "El poblado eneolítico de "El Malagón" de Cúllar-Baza (Granada)" *XIV Congreso Nacional de Arqueología*, 319-324.

ARRIBAS et al. 1978

A. Arribas, F. Molina, F. de la Torre, T. Nájera, L. Sáez, "El poblado de la Edad del Cobre de "El Malagón" (Cúllar-Baza, Granada). Campaña de 1975", *Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada*, 3, 67-117.

ARRIBAS et al. 1979

A. Arribas, F. Molina, L. Sáez, F. de la Torre, P. Aguayo, T. Nájera, "Excavaciones en Los Millares (Santa Fe, Almería). Campañas de 1978 y 1979", *Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada*, 4, 61-109.

ARRIBAS et al. 1981

A. Arribas, F. Molina, L. Sáez, F. de la Torre, P. Aguayo, T. Nájera, "Excavaciones en Los Millares (Santa Fe de Mondújar, Almería). Campaña de 1981", *Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada*, 6, 91-121.

ARRIBAS et al. 1983a

A. Arribas, F. Molina, L. Sáez, F. de la Torre,

- P. Aguayo, T. Nájera, "Nuevas excavaciones en Los Millares (1978-1981)", *XVI Congreso Nacional de Arqueología*, 147-167.
- ARRIBAS et al. 1983b
A. Arribas, F. molina, L. Sáez, F. de la Torre, P. Aguayo, A. Bravo, A. Suárez, "Excavaciones en Los Millares (Santa Fe de Mondújar, Almería). Campañas de 1982 y 1983".
- ARRIBAS et al. 1985
A. Arribas, F. Molina, F. Carrión, F. Contreras, G. Martínez, A. Ramos, L. Sáez, F. de la Torre, I. Blanco, J. Martínez "Informe preliminar de los resultados obtenidos durante la VI campaña de excavaciones en el poblado de Los Millares (Santa Fe de Mondújar, Almería), 1985". *Anuario Arqueológico de Andalucía*, 1985, 245-262.
- BERZOSA, 1987
L. Berzosa, "Estudio de las sepulturas megalíticas de Tabernas (Almería)", *Trabajos de Prehistoria*, 44, 147-170.
- BLANCE 1986
B. Blance, "Siret y cien años de arqueología", *Homenaje a Luis Siret*. Consejería de Cultura de la Junta de Andalucía, Sevilla.
- BUNGE 1985
M. Bunge, *Teoría y realidad*. Ariel. Barcelona.
- CAMALICH et al. 1985
M. D. Camalich, D. Martín Socas, C. Acosta, "Excavaciones en el yacimiento de Campos (Cuevas de Almanzora, Almería). Campaña de 1985", *Anuario Arqueológico de Andalucía*, III, 134-140.
- CAMALICH et al. 1986
M. D. Camalich, D. Martín Socas, C. Acosta, M. D. Meneses, "Excavaciones arqueológicas en el yacimiento de Campos (Cuevas del Almanzora, Almería)", *Anuario Arqueológico de Andalucía*, III, 288-295.
- CARA, RODRÍGUEZ 1989
L. Cara, J. M. Rodríguez, "Fronteras culturales y estrategias territoriales durante el tercer milenio a.C. en el Valle Medio y Bajo del Andarax (Almería)". *Arqueología Espacial 13. Coloquio sobre fronteras*. Teruel, 63-76.
- CARRASCO et al. 1977
J. Carrasco, M. García Sánchez, C. Aníbal, "Enterramiento colectivo en la "Covacha de La Presa" (Loja, Granada)", *Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada*, 2, 105-171.
- CARRILERO et al. 1982
M. Carrilero, G. Martínez, J. Martínez, "El yacimiento de Morales (Castro del Río, Córdoba). La Cultura de los Silos en Andalucía occidental", *Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada*, 7, 171-208.
- CHAPMAN 1979
R. W. Chapman, "Transhumance and megalithic tombs in Iberia", *Antiquity* 53, 150-152.
- CHAPMAN 1981a
R. W. Chapman, "Archaeological theory and communal burial in prehistoric Europe", en Hodder, I. Isaac, G., Hammond, J. (eds.): *Pattern of the Past. Studies in honour of David Clarke*. Cambridge University Press. Cambridge, 387-411.
- CHAPMAN 1981b
R. W. Chapman, "Los Millares y la cronología relativa de la Edad del Cobre en el Sudeste de España", *Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada*, 6, 75-89.
- CHAPMAN 1982
R. W. Chapman, "Autonomy, ranking and resources in Iberian prehistory", en Renfrew, C. y Shennan, S. (eds.), *Ranking, resource and exchange. Aspects of the archaeology of early European society*. Cambridge University Press. Cambridge, 46-51.
- CHAPMAN 1984
R. W. Chapman, "Early metallurgy in Iberia and the Western Mediterranean. Innovation, Adoption and Production", en Waldren, W. H., Chapman, R. W., Lewthwaite, J. y Kennard, R-C. (eds.): *The Deyà Conference of Prehistory*. B. A. R. Int. Series 229, Oxford.
- CHAPMAN 1987
R. W. Chapman, "The Copper Age in S.E. Spain", en Chapman, R. W.; Lull, V.; Picazo, M. y Sanahuja, M. E. (eds.): *Proyecto Gatas. Sociedad y economía en el Sudeste de España c. 2500-800 a.n.e.* B. A. R. Int. Series, 348, 1-8.
- CHAPMAN 1990
R. W. Chapman, *Emerging complexity. The later prehistory of south-east Spain, Iberia and the west Mediterranean*. Cambridge University Press, Cambridge.
- CUADRADO 1946
J. Cuadrado, "Almizaraque. La más antigua explotación de plata en España", *II Congreso Arqueológico del Sudeste Español*, 168-185.
- DELIBES et al. 1985
G. Delibes, M. Fernández-Miranda, M. D. Fernández-Posse, C. Martín, "Almizaraque (Cuevas de Almanzora, Almería)", *XVII Congreso Nacional de Arqueología*, 221-232.
- DELIBES et al. 1986
G. Delibes, M. Fernández-Miranda, M. D. Fernández-Posse, C. Martín, "El poblado de Almizaraque",

- Homenaje a Luis Siret (1934-1984)*. Consejería de Cultura de la Junta de Andalucía. Sevilla, 167-177.
- DELIBES et al. 1989
G. Delibes, M. Fernández-Miranda, M. D. Fernández-Posse, C. Martín, S. Rovira, M. Sanz, "Almizaraque (Almería): minería y metalurgia calcolíticas en el sureste de la Península Ibérica", en AA.VV.: *Minería y metalurgia en las antiguas civilizaciones mediterráneas y europeas*, vol. 1, Madrid, 81-95.
- EIROA 1989
J. J. Eiroa, *Urbanismo protohistórico de Murcia y el Sureste*. Universidad de Murcia.
- FERNÁNDEZ, FÍGARES 1981
M. D. Fernández-Fígares, "Hábitat eneolítico en las Angosturas de Gor", *Revista de Arqueología* 13, 63.
- GARCIA SÁNCHEZ, SPANHI 1959
M. García Sánchez, J. C. Spanhi, "Sepulcros megalíticos de la región de Gorafe (Granada)", *Archivo de Prehistoria Levantina* 8, 45-113.
- GILMAN 1976
A. Gilman, "Bronze Age dynamics in southeast Spain", *Dialectical Anthropology* I, 307-319.
- GILMAN 1981
A. Gilman, "The developement of social stratification in Bronze Age Europe", *Current Anthropology* 22, 1-23.
- GILMAN 1987a
A. Gilman, "Regadío y conflicto en sociedades acéfalas", *Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología*, 1987, 59-72.
- GILMAN 1987b
A. Gilman, "El análisis de clase en la prehistoria del Sureste", *Trabajos de Prehistoria*, 44, 27-34.
- GILMAN, THORNES 1985
A. Gilman, J. B. Thornes, *Land-use and prehistory in south-east Spain*. George Allen & Unwin. Londres.
- GUSI 1975
F. Gusi, "La aldea eneolítica de Terrera Ventura (Tabernas, Almería)", *XIII Congreso Nacional de Arqueología*, 311-314.
- GUSI 1976
F. Gusi, "Resumen de la labor en el yacimiento de Tabernas (Almería)", *Noticiario Arqueológico Hispánico*, 5.
- GUSI 1986
F. Gusi, "El yacimiento de Terrera Ventura, Tabernas, y su relación con la Cultura de Almería", *Homenaje a Luis Siret (1934-1984)*. Consejería de Cultura de la Junta de Andalucía. Sevilla, 192-195.
- HARRISON, GILMAN 1977
R. J. Harrison, A. Gilman, "Trade in the Second and Third Millennia BC between the Magreb and Iberia", en Markotic, V. (ed.): *Ancient Europe and the Mediterranean. Studies in Honour of Hugh O. Hencken*. Aris and Philips, Warminster.
- HERNANDO 1987
A. Hernando, "¿Evolución cultural diferencial del Calcolítico entre las zonas áridas y húmedas del sureste español?", *Trabajos de Prehistoria* 44, 171-200.
- HOOK et al. 1987
D. R. Hook, A. Arribas, P. T. Craddock, F. Molina, B. Rothemberg, "Copper and Silver in Bronze Age Spain", en Waldren, W. & Kennard (eds.): *Bell Beakers of the West Mediterranean*. B. A. R., Int. Ser. 331, 147-171.
- HURTADO 1987
V. Hurtado, "El megalitismo en el suroeste peninsular: problemática en la periodización regional", en AA. VV.: *El megalitismo en la Península Ibérica*, Ministerio de Cultura, Madrid, 31-43.
- KALB 1969
F. Kalb, "El poblado del Cerro de la Virgen de Orce (Granada)", *X Congreso Nacional de Arqueología*, 216-225.
- MARTÍN SOCAS 1978
D. Martín Socas, "Aproximación a la Economía de la Mitad Meridional de la Península Ibérica durante el Eneolítico", *Zephyrus XXVIII-XXIX*, 163-190.
- MARTÍN SOCAS, CAMALICH 1982
D. Martín Socas, M. D. Camalich, "La cerámica simbólica y su problemática (aproximación a través de los materiales de la colección L. Siret)", *Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada*, 7, 267-306.
- MARTÍN SOCAS, CAMALICH 1983
D. Martín Socas, M. D. Camalich, "La arquitectura doméstica del eneolítico en la zona meridional de la península ibérica", en *Homenaje al Profesor Martín Almagro Basch*, I, 437-443.
- MARTÍN SOCAS, CAMALICH 1986
D. Martín Socas, M. D. Camalich, "Las excavaciones en el poblado de Campos (Cuevas de Almanzora, Almería)". *Homenaje a Luis Siret (1934-1984)*. Consejería de Cultura de la Junta de Andalucía. Sevilla, 178-191.
- MARTÍN SOCAS et al. 1983
D. Martín Socas, M. D. Camalich, y E. Tarquis, "La cerámica con decoración pintada del Eneolítico en Andalucía oriental", *Tabona* 4, 95-130.
- MARTÍN SOCAS et al. 1985
D. Martín Socas, M. D. Camalich, M. L. Tejedor,

- A. Rodríguez, P. González, "Composición mineralógica y evaluación de las temperaturas de cocción de la cerámica de Campos (Cuevas de Almanzora, Almería). Estudio preliminar", *Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada*, 10, 131-186.
- MARTÍNEZ NAVARRETE 1989
M. J. Martínez Navarrete, *Una revisión crítica de la prehistoria española: la Edad del Bronce como paradigma*. Siglo XXI, Madrid.
- MARTÍNEZ SANTA OLALLA, 1946
J. Martínez Santa-Olalla, "Cereales y plantas de la cultura ibero-sahariana en Almizaraque (Almería)", *Cuadernos de Historia Primitiva*, I, 35-45.
- MATHERS 1984a
C. Mathers, "'Linear regression', inflation and prestige competition: second millennium transformations in south-east Spain", en Waldern, W. H., Chapman, R. W., Lewthwaite, J. y Kennard, R.-C. (eds.): *The Deyà conference of prehistory. Early settlement in the Western Mediterranean Islands and their peripheral areas*. B.A.R. Int. Series, 229 (iv). Oxford, 1167-1196.
- MATHERS 1984b
C. Mathers, "Beyond the grave: the context and wider implications of mortuary practice in south-eastern Spain", en Blaff, T.F.C., Jones, R.F.J. y Keay, S.J. (eds.): *Papers in Iberian archaeology*. B.A.R. International Series, 193 (1). Oxford, 13-46.
- MENDOZA et al. 1975
A. Mendoza, F. Molina, O. Arteaga, P. Aguayo, "El poblado del Cerro de los Castellones (Laborcillas, Granada)", *XIII Congreso Nacional de Arqueología*, 315-322.
- MINISTERIO DE CULTURA 1983
Ministerio de Cultura,
Bellas Artes 83, Granada.
- MOLINA 1983
F. Molina,
Prehistoria de Granada. Don Quijote. Granada.
- MOLINA et al. 1986
F. Molina, F. Contreras, A. Ramos, V. Mérida, D. Ortiz, V. Ruiz, "Programa de recuperación del registro arqueológico del Fortín 1 de Los Millares. Análisis preliminar de la organización del espacio", *Arqueología Espacial* 8. *Coloquio sobre el microespacio*. Teruel, 175-201.
- MOTOS 1918
F. de Motos, "La Edad neolítica en Vélez Blanco". *Comisión de Investigaciones Paleontológicas y Prehistóricas*, Memoria 19.
- MUÑOZ 1983
A. M. Muñoz, "Poblado eneolítico del tipo 'Los Millares' en Murcia". España, *XVI Congreso Nacional de Arqueología*, 71-75.
- MUÑOZ 1986a
A. M. Muñoz, "El eneolítico en el Sureste", en *Historia de Cartagena*. Mediterráneo, Murcia, 143-162.
- MUÑOZ 1986b
A. M. Muñoz, "Sepultura del Cabezo del Plomo (Mazarrón, Murcia)", *Anales de Prehistoria y Arqueología*, 2, 17-28.
- RAMOS 1981
A. Ramos, "Interpretaciones secuenciales y culturales de la Edad del Cobre en la zona meridional de la Península Ibérica. La alternativa del materialismo cultural". *Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada*, 6, 203-256.
- SAHLINS 1983
M. Sahlins, *Economía de la Edad de Piedra*. Akal. Madrid.
- SCHÜLE 1966
W. Schüle, "El poblado del Bronce Antiguo en el Cerro de la Virgen de Orce (Granada) y su acequia de regadío", *IX Congreso Nacional de Arqueología*, 113-121.
- SCHÜLE 1980
W. Schüle, *Orce und Galera: zwei Siedlungen aus dem 3 bis 1 Jahrtausend v. Chr. im Südosten der Iberischen Halbinsel I: übersicht über die Ausgrabungen 1962-1970*. Verlag Phillipp von Zabern, Mainz, Mainz am Rhein.
- SCHÜLE 1986
W. Schüle, "El Cerro de la Virgen de la Cabeza, Orce-Granada. Consideraciones sobre su marco ecológico y cultural", *Homenaje a Luis Siret (1934-1984)*. Consejería de Cultura de la Junta de Andalucía. Sevilla, 208-220.
- SCHÜLE, PELLICER 1966
W. Schüle, Pellicer, "El Cerro de la Virgen, en Orce (Granada) I", *Excavaciones Arqueológicas en España*, 46.
- SIRET 1890
H. y L. Siret, *Las Primeras Edades del Metal en el Sudeste de España*. Barcelona.
- SIRET 1948
L. Siret, "El tell de Almizaraque y sus problemas", *Cuadernos de Historia Primitiva* 2, 117-124.
- SUÁREZ et al. 1985
A. Suárez, M. Carrilero, J. L. García, A. Bravo, "Memoria de la excavación de urgencia realizada

en el yacimiento de Ciavieja (El Ejido, Almería), 1985", *Anuario Arqueológico de Andalucía*, III, 14-21.

SUÁREZ et al. 1986a

A. Suárez, A. Bravo, L. Cara, J. Martínez, D. Ortiz, J. L. Ramos, J. M. Rodríguez, "Aportaciones al estudio de la Edad del Cobre en la provincia de Almería. Análisis de la distribución de yacimientos". *Homenaje a Luis Siret (1934-1984)*. Consejería de Cultura de la Junta de Andalucía. Dirección General de Bellas Artes, 196-207.

SUÁREZ et al. 1986b

A. Suárez, M. Carrilero, A. Bravo, J. L. García, "Excavaciones arqueológicas en Ciavieja. El Ejido (Almería). Primeros resultados", *Cuadernos Ejidenses* 2.

SUÁREZ et al. 1986c

A. Suárez, M. Carrilero, C. Mellado, C. San Martín, "Memoria de la "excavación de urgencia" realizada en Ciavieja, El Ejido (Almería)", *Anuario Arqueológico de Andalucía*, III, 20-24.

TOPP, ARRIBAS 1965

C. Topp, A. Arribas, "A survey of the Tabernas Material lodged in the Museum of Almería", *Bull. Inst. Arch. London* 5, 65-89.

TORRE et al. 1984

F. de la Torre, F. Molina, F. Carrión, F. Contreras, I. Blanco, M. A. Moreno, A. Ramos, M. P. de la Torre, "Segunda campaña de excavaciones (1983) en el poblado de la Edad del Cobre de "El Malagón" (Cúllar-Baza, Granada)", *Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada*, 9, 131-146.

TORRE, SÁEZ 1986

F. de la Torre, L. Sáez, "Nuevas excavaciones en el yacimiento de la Edad del Cobre de "El Malagón" (Cúllar - Baza, Granada)". *Homenaje a Luis Siret (1934-1984)*. Consejería de Cultura de la Junta de Andalucía. Sevilla, 221-226.

WITTFOGEL 1966

K. Wittfogel, *Despotismo oriental. Estudio comparativo del poder totalitario*. Guadarrama, Madrid.